

# SEAN BLACK

## AISLAMAMIENTO

SERIE RYAN LOCK

A silhouette of a city skyline is visible at the bottom of the cover, set against a background of a sunset or sunrise with orange and red hues. The skyline includes several tall buildings, with the most prominent one resembling the Empire State Building.

Una misión mortal. Aún durante la Víspera de Navidad en la ciudad de Nueva York, para el militar retirado convertido en guardaespaldas, Ryan Lock, el trabajo continúa como siempre. Su misión: proteger al director de una de las compañías biotecnológicas más grandes del mundo de la amenaza de un grupo de activistas radicales altamente determinados. Un sangriento tiroteo. Cuando un fallido intento de asesinato deja las calles de la ciudad cubiertas de cuerpos, y horas más tarde el hijo de uno de los investigadores principales de la compañía es secuestrado de su escuela, la búsqueda de Lock por el niño se convierte en un explosivo juego del gato y el ratón...

# AISLAMIENTO

Sean Black

*Para mis padres, cuya fe nunca flaqueó, y en  
memoria de mi abuelo, George Robertson,  
quien sacrificó tanto por su país a tan corta  
edad.*

## PRÓLOGO

Nadie vigila a los muertos. Una vez que Cody pensó en eso, el plan se resolvió con rapidez. Conducir hacia el cementerio, desenterrarla, amarrar el ataúd en la parte trasera de la camioneta, y desaparecer en medio de la noche. Fácil. Aunque había un pequeño problema.

—Hombre, este suelo es duro como concreto.

Cody miró a su compañero, la luz de la luna dividía su cara en dos.

—Deja de quejarte.

Usualmente prefería trabajar solo. Pero mover un cuerpo era un trabajo que requería dos hombres. No había forma de evitarlo.

—No me estoy quejando. Estoy haciendo una observación.

—Bueno, las observaciones no van a hacer que terminemos más rápido.

—Tampoco cavar. Vamos a necesitar dinamita para sacar a esta bruja del piso.

Don tenía razón. Habían elegido la peor época del año. Noviembre en la Costa Este. Un crudo invierno con el viento proveniente del gris Atlántico. Congelando tanto a los vivos como a los muertos.

La primavera hubiera sido una mejor opción. Las noches habrían seguido siendo largas, pero el suelo habría estado más suave. El asunto era que, en realidad, no tenían elección. No hasta donde a Cody le incumbía.

Como él lo veía, el reloj avanzaba. Cada día se perdían vidas. Cientos, tal vez miles. Nadie lo sabía con certeza. Y estas muertes no eran pacíficas. No eran como la que esta mujer había experimentado: desvaneciéndose poco a poco, el ardiente filo del dolor adormecido por los fármacos, sus seres queridos rodeándola para decirle adiós.

No, estas muertes eran tortuosas y solitarias. Un último escupitajo en la cara para terminar con una miserable existencia.

El enojo que él sentía pensando sobre ello aumentó. Golpeó con fuerza el borde de la pala con el talón de su bota derecha, y finalmente encontró algo. El pasto escarchado dio lugar a tierra congelada. Volvió a golpear. La pala se hundió un par de centímetros más. Su aliento formaba volutas en el aire congelado de la noche, mientras él inhalaba oxígeno y repetía el proceso.

Una hora después, Don fue el primero en golpear algo sólido que no era tierra. Los dos hombres estaban exhaustos, pero el ruido del metal golpeando madera los animó.

Treinta minutos después estaban subiendo los restos a la parte trasera del camión. Cody limpió sus guantes con exageración mientras Don cerraba la puerta trasera de la camioneta que habían robado unas horas antes en una tranquila calle de Brooklyn.

Don abrió la puerta de la cabina y comenzó a subir. Se detuvo a medio camino y se giró hacia Cody.

—Bueno, lo hicimos, —dijo.

Cody sonrió.

—¿Hablas en serio, hermano? Esa fue la parte sencilla.

## Uno

Ryan Lock miró a través de los ventanales que se encontraban al frente del área de la recepción del edificio Meditech. Afuera, la helada lluvia caía a cántaros sobre la Sexta Avenida, forzando a cerca de una docena de defensores de los derechos de los animales, que protestaban en la acera opuesta, a amontonarse en un grupo compacto.

—¿Quién demonios organizaría una protesta en víspera de Navidad? —preguntó la recepcionista.

—¿Además de los pavos? —dijo Lock, subiéndose la chamarra por encima de los hombros, empujando las puertas giratorias y saliendo hacia el clima casi ártico.

Tres meses como jefe de seguridad de la compañía farmacéutica y biotecnológica más grande de América habían dejado a Lock con poca paciencia para lidiar con los defensores de los derechos de los animales, sin importar la seriedad de su causa.

Una ráfaga fresca de viento golpeó el rostro de Lock. Él levantó el collar de su chamarra y escaneó a los manifestantes. Al frente y al centro se encontraba Gray Stokes, el líder *de facto* de los manifestantes. De unos cincuenta años de edad, con la estructura huesuda de vegano, Stokes estaba de pie con su usual expresión arrogante, con un megáfono en una mano y la otra sobre los manubrios de una silla de ruedas.

En la silla se encontraba la hija de Stokes, Janice, una morena bonita de unos veinte años de edad, con la pierna izquierda inutilizada por una forma progresiva poco común

de esclerosis múltiple. La placa que sostenía con sus manos enguantadas tenía cuatro palabras con gruesas letras mayúsculas negras que leían:

NO EN MI NOMBRE.

Lock observó como Stokes levantaba su megáfono y comenzaba a arengar a una media docena de policías uniformados que se encontraban ahí para asegurar el orden. Junto a Stokes uno de los mejores ejemplares de la ciudad, un sargento más corpulento llamado Caffrey, hacía un espectáculo de comer una Big Mac, puntuando cada mordida con un sobreactuado ruido de deleite.

Lock observó la reacción de Stokes con interés.

—¿Oye, cerdo, alguna vez te has preguntado lo que tienen esas cosas? —le gritó Stokes a Caffrey—. Tal vez el ALF dejó algo de la abuela con el resto de la carne de Mickey D's.

Cualquiera que hubiera hojeado una copia del New York Post, o visto un canal de noticias durante las últimas seis semanas, habría entendido la referencia. El gerente de un local de comida rápida de Times Square había encontrado el cuerpo exhumado de una mujer de setenta y dos años, Eleanor Van Straten, matriarca de la corporación Meditech, en la acera afuera de su establecimiento.

La conexión entre la inesperada aparición de la señora Van Straten, tan poco tiempo después de su funeral, y el movimiento de los derechos de los animales, había sido obvia. Al siguiente día, Lock había sido invitado a liderar el equipo de seguridad personal de Van Straten.

Lock vio cómo Caffrey devolvía lo que quedaba de su hamburguesa al contenedor de unicel, y volvía su atención hacia Stokes.

—¿Entonces, si Dios no quiere que comamos vacas, como es que las hizo de carne? —provocó Caffrey a Stokes.



La respuesta provocó algunas risas disimuladas de los otros policías, y Stokes se adelantó por detrás de la barrera y hacia la banqueta.

—Así es, amigo, acércate más, —le gritó Caffrey—. Puedes enfriarte los pies en Rikers por algunas horas. Hay muchos animales ahí para que convivas con ellos.

Lock vio cómo Stokes observaba a Caffrey, calculando su siguiente movimiento. Los manifestantes veían el arresto como un símbolo de honor. Lock lo veía como una buena forma de mantener a la compañía en las noticias por todas las razones equivocadas. Caminando con rapidez hacia la barrera, la mano de Lock descendió hacia su pistola SIG de 9 mm, metida en su funda. El gesto no fue ignorado por los manifestantes. Dócilmente, Stokes retrocedió de nuevo detrás de la barrera.

Lock revisó su reloj de nuevo. Ocho treinta. Si iba a seguir el programa, Nicholas Van Straten, el viudo de Eleanor, y el nuevo director de la compañía, estaría aquí pronto. La mano de Lock subió hasta su collar y presionó el botón para hablar de su radio.

—Todas las unidades móviles de Lock.

El auricular de Lock crepitó con estática, y entonces se silenció.

Un momento después, la voz del segundo al mando de Lock, Ty Johnson, se escuchó, tranquila y en control.

—Adelante, Ryan.

—¿Tienen un tiempo estimado de arribo para mí?

—Estaremos contigo en dos. ¿Qué tipo de recepción tendremos?

—Actividad usual de acera.

—El director quiere entrar por el frente.

—Me aseguraré de que esté libre.

Lock cruzó de vuelta hacia Caffrey, quien había realizado una retirada diplomática hacia su automóvil. Golpeó la ventana y se tomó un momento para disfrutar la irritada expresi-

sión de Caffrey mientras bajaba la ventana y el aire frío se adentraba en su automóvil.

—Lo traeremos por el frente.

Caffrey puso los ojos en blanco.

—¿No es suficientemente malo que tenga a media docena de oficiales aquí atrapados cada mañana?

—Medio millón de dólares y una línea directa hacia el alcalde, sin mencionar la constitución de los Estados Unidos, dicen que él puede caminar por la entrada principal de su propia oficina si así lo quiere, —dijo Lock, dándose la media vuelta antes de que Caffrey tuviera la oportunidad de responder.

Caffrey se encogió de hombros y volvió a subir la ventana justo en el momento en que tres camionetas GMC Yukon con cristales tintados, blindaje grado B-7 y neumáticos antipinchazos se abrían paso a través del embotellamiento de la mañana, con aspecto amenazador.

## Dos

En el interior de la Yukon que iba en la delantera, Ty Johnson revisó su arma, y después la posición de los otros dos vehículos en su espejo retrovisor. Bien.

Ty dio una señal a su conductor para que se moviera hacia la izquierda y ocupara el carril del tráfico que venía en sentido contrario, que estaba momentáneamente detenido en el semáforo. Al hacer esto permitió que las otras dos camionetas se avanzaran con facilidad, de forma que ahora el vehículo de Ty cerraba la caravana, permitiéndole tener un campo visual despejado cuando los pasajeros descendieran.

Ty asomó la cabeza por la ventana y miró hacia atrás. Casi a media calle de distancia, que en el tráfico equivalía a poco más de veinte segundos, avanzaba una camioneta Hummer roja acorazada.

Dentro de la Hummer se encontraba el CA, o equipo de contra-ataque, liderado por Vic Brand, un coronel retirado de la infantería de marina de los Estados Unidos. Ty sabía que Lock se había resistido a su presencia. Usualmente, un equipo de CA era de uso exclusivo militar, reservado para los entornos bajo altísima amenaza, y Lock sentía que era una exageración. Sin embargo, Stafford Van Straten, único heredero del imperio familiar y perpetua espinas en el costado de Lock, había confundido el tiempo que había pasado en el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva, cuando había estado en Dartmouth, con experiencia real en seguridad, e insistió en reclutarlos, convenciendo de alguna

forma a su padre que serían una adición útil a su equipo de seguridad.

Lock no tenía tiempo para Stafford; y tampoco Ty. Y tenían aún menos tiempo para Brand, un hombre que se deleitaba en narrar a los hombres más jóvenes en el equipo CA sus aventuras en Irak, muchas de las cuales, Lock le había dicho a Ty, eran ficticias. Ty, que había preguntado a algunos de sus amigos de la marina, no estaba tan seguro.

El cerrado mundo de la seguridad estaba lleno de tipos como Brand, fantasiosos seriales que confundían el hablar de algo con realmente haberlo hecho. Para Ty, un buen guardaespaldas era alguien como Lock, el arquetípico hombre gris que se mezclaba con la multitud, surgiendo solo cuando aparecía una gran amenaza. Desde el punto de vista de Ty, Brand se mezclaba tan bien como Marilyn Manson en un espectáculo de los Jonas Brothers.

Lock observó mientras los manifestantes de la calle eran alejados quince metros más por los policías. Si alguno de ellos corría hacia la entrada, Lock tendría a Nicholas Van Straten en la sala de juntas con su latte descafeinado y una copia del Wall Street Journal antes de que el manifestante pudiera cruzar la puerta principal. Inconscientemente, bajó la mano hacia su costado, sintiendo el mango de su pistola SIG Sauer 226, cuando la primera Yukon se detuvo en la entrada.

La puerta frontal de la cabina del vehículo que venía en la retaguardia se abrió primero. Lock miró a Ty mientras él avanzaba para abrir la puerta de la cabina de la segunda camioneta para dejar salir al guardaespaldas designado. Mientras el resto de la sección de la escolta personal salía, esparciéndose de forma que tuvieran visibilidad de trescientos sesenta grados, el clamor de los manifestantes aumentó en volumen.

—¡Asesino!

—¿Oye, Van Straten, cuántos animales planeas matar hoy?

El guardaespaldas, un atlético hombre de occidente medio de un metro noventa de estatura llamado Croft, abrió la puerta de Van Straten y le permitió salir. Para un hombre que recibía amenazas de muerte como la mayor parte de la gente recibía correo basura, lucía notablemente sereno. Su escolta personal de cuatro hombres ya se había colocado en una formación de caja cerrada a su alrededor, preparada para llevarlo hasta el edificio. Pero era claro que Van Straten tenía otro plan.

Dando una vuelta hacia la derecha por detrás de la camioneta, comenzó a caminar hacia la fuente de las obscenidades que se escuchaban del otro lado de la calle. Lock podía sentir una oleada de adrenalina que comenzaba a formarse cuando Van Straten se embarcó en su caminata no programada.

—¿Dónde diablos está Stafford? —preguntó Nicholas Van Straten a uno de sus asistentes, que parecía tener dificultades para mantener el paso mientras su jefe se dirigía hacia los manifestantes.

—No tengo idea, señor.

—Se suponía que estaría aquí, —dijo Van Straten, con un aire de decepción que no llegaba a ser sorpresa. Evidentemente, estaba acostumbrado a que su hijo lo decepcionara.

Lock observó como Van Straten confrontaba a Stokes en la barrera. Ansioso, habló por su micrófono.

—¿A dónde diablos se dirige?

Un segundo pasó antes de que se escuchara la respuesta de Ty.

—¿A conocer a su público?

La escolta de cuatro hombres se quedó estrechamente alrededor de Van Straten. Croft se volvió hacia Lock como diciendo «¿Qué diablos hago ahora?».

Lock solo pudo encogerse de hombros. Esto no aparecía en el manual, y no le agradaba.

—Señor, si no le importa... —la petición de Croft se apagó.

—¿Si no me importa, qué?

Van Straten parecía estar disfrutando el pánico que emanaba de los hombres a su alrededor.

Unos metros más atrás, el Hummer rojo se acercaba. Lock podía ver a uno de los hombres de Brand al frente, levantando una pistola M-16 a modo de disuasión. Suspirando, Lock habló de nuevo en la radio, esperando un poco para asegurarse de que el inicio de la transmisión no fuera interrumpido.

—Brand, habla Lock. Dile al imbécil que está sentado enfrente de ti que baje su arma ahora. En caso de que no lo haya notado, estamos en Midtown, no Mosul. Si veo esa arma de nuevo, la va a encontrar haciendo una función doble como tapón anal.

Lock suspiró aliviado cuando vio que la M-16 se volvía a esconder detrás del tablero.

—¿Qué está haciendo tu jefe? Llévalo al interior del edificio antes de que tengamos un motín en nuestras manos.

—Caffrey se había acercado desde el otro lado de la calle y estaba dirigiéndose a Lock.

Lock escuchaba solo estática, y entonces un mensaje de Ty:

—Quiere hablar con ellos.

Lock se lo comunicó a Caffrey, cuya expresión pasó de descontento a apoplejía.

Para cuando Van Straten hubo alcanzado la barrera, Stokes se encontraba a no más de metro y medio de distancia. El silencio descendió mientras las burlas y amenazas se apagaban, los manifestantes confundidos por la proximidad de la figura principal de su odio. Un camarógrafo de CNN intentó abrirse paso a codazos enfrente de Lock.

—Si no es molestia, haga favor de retroceder, señor, —dijo Lock, intentando mantener su voz tranquila.

—¿Y quién demonios eres tú para decirme lo que tengo que hacer?

Lock levantó las manos, con las palmas abiertas en forma conciliadora.

—Señor, realmente apreciaría que retroceda, —agregó, golpeando simultáneamente con el borde interior de su bota derecha la espinilla del sujeto.

Mientras el camarógrafo retrocedía, maldiciendo en voz baja, Lock se volvió para mirar a Van Straten enfrenar a Stokes en la barrera.

—Pensé que probablemente vendría una delegación de tu grupo a verme esta mañana, —decía Van Straten.

Stokes sonrió.

—¿Entonces recibiste mi mensaje?

Para ese entonces, los medios habían comenzado a agruparse. Una reportera rubia, Carrie Delaney, fue la primera en ser escuchada por encima de la rápida ráfaga de preguntas.

—¿Señor Van Straten, qué planea discutir en el interior?

Lock encontró su mirada por un segundo. Ella hizo un gran énfasis en mirar hacia otro lado.

Un corresponsal de aspecto remilgado, con rasgos de chico de fraternidad y el físico de un jugador de fútbol americano, interrumpió antes de que Van Straten tuviera oportunidad de responder.

—¿Es esto una señal de que va a ceder ante los extremistas?

Carrie miró furiosa al sujeto. *Cabrón*. Lock vio al hombre sonriéndole de vuelta. *Igualmente, cariño*.

Van Straten elevó las manos.

—Damas y caballeros, me alegrará responder todas sus preguntas después de mi reunión con el señor Stokes.

Más cuerpos se amotinaron. Un hombre detrás de Lock fue empujado hacia adelante por la oleada de la creciente multitud. Lock lo empujó de vuelta.